

fianza, se mortifica con gusto, huye de buena gana del mundo, ora con consuelo y desempeña sus obligaciones con una santa complacencia. Quanto mas crece su amor, mas se suaviza su yugo. Quanto mas ama, tanto es mas feliz, porque no hay mayor felicidad que el amar aquello que ya tenemos por necesario.

Al contrario el pecador; quanto mas ama al mundo es tanto mas infeliz, porque quanto mas ama al mundo, mas se multiplican sus pasiones, mas se encienden sus deseos, mayor estorbo halla en sus proyectos y mas se agrian sus inquietudes. Su amor es el motivo de todas sus desgracias, su inquietud es la raiz de todas sus penas, porque el mundo, que es el que la causa, no puede remediarlas. Quanto mas ama al mundo, mas siente su vanidad una preferencia, su soberbia una injuria, tanto mas le confunde el proyecto desconcertado, le aflige un deseo en que halló oposicion, y le confunde una pérdida impensada. Quanto mas ama al mundo, le son mas necesarios sus placeres, y como ninguno de ellos puede llenar la inmensidad de su corazon, es tanto mas insufrible su molestia, porque la molestia es la recompensa de todos los deleites. Y en medio de todos estos placeres, el mundo, desde que es mundo, no cesa de quejarse de su enfado.

Y no creais, señores, que por honrar á la virtud exagero demasiado la desgracia de las almas mundanas. Sé muy bien que parece se halla tambien felicidad en el mundo, y que en medio de este conjunto de cuidados, de movimientos, de temores y de inquietudes, suele verse un corto número de dichosos, cuya felicidad es envidiada, y que parece gozan de una suerte suave y tranquila; pero sondead esas vanas exterioridades de felicidad y de alegría, y hallareis pesares verdaderos, corazones oprimidos y conciencias agi-

tadas: llegaos á esos hombres que os parecen los felices de la tierra, y os admirareis de hallarlos tristes é inquietos, llevando sobre sí con gran trabajo el peso de una conciencia delincuente: oidlos en aquellos instantes mas tranquilos, en que mas sosegadas las pasiones dejan algun uso á la razon; todos ellos convienen en que no son felices, y que el resplandor de su fortuna solo brilla de lejos y solo es digno de envidia para aquellos que no le conocen; confiesan que en medio de sus placeres y prosperidades nunca gozaron de la alegría pura y verdadera; que si se piensa seriamente en lo que es el mundo, se halla ser nada; que ellos mismos están admirados de que se le pueda amar conociéndole, y que solo son felices en el mundo los que saben huir de él y servir á Dios. Unos suspiran deseando ocasiones para un honroso retiro; otros se proponen todos los dias entablar unas costumbres mas arregladas y cristianas; todos convienen en la felicidad de los justos, todos desean serlo, y todos dan testimonio contra sí mismos: no buscan los placeres, sino que se hallan encadenados en ellos; detienenles en los lazos del mundo y del pecado, no el gusto, sino la costumbre y la flaqueza; lo conocen, se quejan, lo confiesan, y con todo eso, se entregan á la corriente de una suerte tan triste. ¡Ah mundo engañoso! haz felices si puedes á los que te sirven, y entonces abandonaré yo la ley del Señor por servir á la vanidad de tus promesas.

Vosotros mismos, amados oyentes, vosotros que tantos años ha servís al mundo, ¿cuánto habeis adelantado en vuestra felicidad? Poned en un peso á un lado todos los momentos y dias felices que habeis pasado en él, y á otro todas las amarguras que habeis padecido, y ved cuál de los dos pesa mas. Acaso habeis dicho en algunos instantes de placer, de exceso y de furor: aquí estamos bien: *Bonum est, nos*

*hic esse;*<sup>1</sup> pero aquello fué una embriaguez que duró poco tiempo, cuya ilusion os manifestó el instante siguiente, sepultándoos de nuevo en nuestras primeras inquietudes. En este mismo instante en que os estoy hablando, preguntad á vuestro corazon si está tranquilo. Preguntadle si le falta algo para su felicidad, si teme, si desea, si conoce que Dios está con él, si quisiera vivir y morir en el estado en que se halla, si está contento con el mundo, si es fiel sin remordimientos al autor de su ser, si todas las doce horas del dia le son igualmente gustosas, y si hasta ahora ha podido conseguir el tener tranquila la conciencia entre los delitos.

Aun cuando os habeis sepultado en el abismo para apagar allí vuestros remordimientos y os persuadíais poder ahogar con los excesos de la iniquidad aquellas reliquias de la fe, que en vuestro corazon defienden aún el partido de la virtud, ¿no mandó el Señor á la serpiente, como lo dice él mismo por su profeta, que fuese á picaros y á mordeiros hasta el fondo del abismo en donde os habeis escondido para libertaros de ella? ¿no sentísteis allí la mordedura secreta de este gusano cruel? *Et si celaverint se ab oculis meis in profundo maris, ibi mandabo serpenti, et mordebit eos.*<sup>2</sup> ¿No es verdad que los dias mas felices de vuestra vida fueron aquellos que consagrásteis á Dios con alguna de las obligaciones de la religion, renovando vuestra conciencia en el tribunal de la confesion, y que solo habeis vivido cuando teniendo pura vuestra conciencia habeis vivido con Dios? ¿No dice el profeta santamente irritado: el Dios que adoramos no es un Dios engañador ó incapaz de consolar á los que

<sup>1</sup> Matth. 17. v. 4.

<sup>2</sup> Amós 9. v. 3.

le sirven, como los dioses que adora el mundo, y para esto no apelo á otros jueces que á los mismos mundanos? *Non enim est Deus noster ut dii eorum, et inimici nostri sunt iudices.*<sup>1</sup>

¡Oh gran Dios! ¿quién es el hombre para oponerse de este modo toda su vida á sí mismo y querer ser feliz sin vos, para declararse contra vos, para conocer sus desgracias y amarlas, para huir de su verdadera felicidad al mismo tiempo que la conoce? ¿quién es el hombre, ¡oh Dios mió! y quién podrá comprender lo profundo de sus fines y la eterna contradiccion de sus desórdenes?

Pero que no pueda yo, católicos, extenderme mas en la idea que me propuse al principio de este discurso para persuadiros que lo que hace mas digna de nuestros deseos la suerte de los justos, es que cuando le llegan á faltar los consuelos interiores, tienen los socorros exteriores de la piedad, el consuelo de los Sacramentos, los que para el pecador, que tiene precision de llegar á ellos, no son mas que una triste ceremonia que le fastidia y embaraza; los ejemplos de los santos y la historia de sus milagros, que nos presenta todos los dias la Iglesia á nuestra vista, de los que la aparta el pecador por no ver en ellos su condenacion; los adorables misterios que se ofrecen todos los dias sobre nuestros altares, que las mas veces no dejan al pecador mas que el pesar de haberlos profanado con su asistencia, los santos cánticos y las preces de la Iglesia que sirven al pecador de triste molestia, y finalmente, el consuelo de las divinas Escrituras, en las que no halla mas que amenazas y anatemas.

¡Qué<sup>3</sup> descanso, católicos, para una alma fiel cuando al

<sup>1</sup> Deuter. 32. v. 31.

salir de las vanas conversaciones del mundo, donde solo se ha tratado de la elevacion de una familia, de la magnificencia de un edificio, de los que en el mundo hacen un papel sobresaliente, de las calamidades públicas, de los defectos de los que están á la frente de los negocios, de los sucesos de la guerra, de las faltas de que siempre se acusa al gobierno; finalmente, donde siendo terrenos, solo se ha tratado de cosas terrenas! ¡qué consuelo siente una alma fiel cuando al salir de estas conversaciones toma en sus manos el libro de la ley para descansar un poco de la fatiga de estos vanos discursos, y halla que en todas partes está escrito: que de nada sirve al hombre el ganar el mundo entero si pierde su alma; que la memoria de las mas celebradas conquistas se sepultó en el olvido con la vanidad de sus conquistadores, que pasarán el cielo y la tierra, que los reinos del mundo y toda su gloria perecerán con el uso, como un vestido; pero que Dios solo durará siempre, y que solo á él es á quien debemos unirnos! Entonces, dice esta alma con el profeta, ¡oh Dios mio, los insensatos me contaron fábulas; pero cuán diferentes son de vuestra ley!

Y á la verdad, fieles, ¡de cuánto consuelo son las promesas que se ofrecen en estos libros santos! ¡qué poderosos motivos de virtud! ¡qué oportunas precauciones contra el vicio! ¡qué sucesos tan instructivos! ¡qué dardos tan infelices que hieren el alma! ¡qué ideas de la grandeza de Dios y de la miseria del hombre! ¡qué pinturas de la fealdad del pecado y de la falsa felicidad de los pecadores! No tenemos necesidad de vuestra alianza,<sup>1</sup> escribió Jonatás y todo el pueblo de los judíos á los de Sparta, porque teniendo entre nuestras manos los libros santos que nos consuelan, pode-

<sup>1</sup> I. Machab. 12. v. 9.

mos pasarnos sin el socorro de los hombres: *Nos, cum nullo horum, indigeremus, habentes solatio sanctos libros, qui sunt in manibus nostris.* ¡Y sabeis, fieles, quiénes son los hombres que hablan de este modo? Las desgraciadas reliquias de la crueldad de Antioco errantes por las montañas de Judea, despojados de sus bienes y de su fortuna, arrojados de Jerusalem y del templo, en el que habia sucedido al sacrificio del santo Dios las abominaciones de los ídolos; y apenas habian salido de un tan triste estado, no necesitaban de nada, porque tenian entre sus manos los libros santos. *Nos, cum nullo horum indigeremus, habentes solatio sanctos libros, qui sunt in manibus nostris.* Y en una tan nueva extremidad, cercados por todas partes de naciones enemigas, no teniendo en su ejército ni el arca de Israel ni el tabernáculo santo, llorando aún la reciente muerte del invencible Judas, que era la salud del pueblo y el terror de los incircuncisos; habiendo visto degollar en su presencia á sus mujeres é hijos, estando ellos mismos para perecer á cada instante, ó por la perfidia de sus falsos hermanos ó por las emboscadas de sus enemigos, el solo libro de la ley les bastaba para consolarse y defenderse, y creen poderse pasar sin los socorros á que tenian derecho por una antigua alianza. *Nos, cum nullo horum indigeremus, habentes solatio sanctos libros, qui sunt in manibus nostris.*

Viendo esto, no me admiro, amados oyentes míos, de que los primeros discípulos del Evangelio con el consuelo de las Escrituras Santas olvidasen todo el furor de las persecuciones, ni de que habiéndose podido determinar á apartar de sí en todo el tiempo de su vida este libro divino, quisiesen que aun despues de su muerte se enterrase con ellos en un mismo sepulcro, como para que allí sirviese á sus cenizas de fiador de la inmortalidad que les habia prometido.

do, y para presentarle, segun parece, á Jesucristo en el dia de la revelacion, como sagrado título que les daba derecho á los bienes celestiales y á las promesas hechas á los justos.

Estos son los consuelos de las almas fieles en la tierra. ¡Qué cosa tan terrible es, pues, católicos, el vivir lejos de Dios, bajo la tiranía del pecado, peleando siempre consigo mismo, sin gusto alguno verdadero en el corazon, con tanto disgusto las mas veces en los placeres como en la virtud, odiosos á los hombres por la bajeza de nuestras pasiones, insufribles á nosotros mismos por la altanería de nuestros deseos; aborrecidos de Dios por los horrores de nuestra conciencia, sin las dulzuras de los Sacramentos porque nuestros delitos nos separan de ellos; sin el consuelo de los libros santos porque no hallamos en ellos mas que anatemas y amenazas; sin el alivio de la oracion, porque una vida tan disoluta, ó nos quita la libertad ó nos la hace olvidar por la falta de uso! ¡Qué es, pues, el pecador mas que el desprecio del cielo y de la tierra?

¡Sabeis, pues, católicos, cuáles serán los desconsuelos de los réprobos en aquel gran dia en que á cada uno se le premiará segun sus obras? ¡creeis acaso que les pesará de su felicidad pasada y que dirán: pasáronse nuestros dias felices, y se acabó ya el mundo, en el que disfrutamos de tan agradables momentos, nuestros placeres no han durado mas que los sueños, acabóse nuestra felicidad y van á empezar nuestros suplicios? Os engañais, fieles; no usarán de este estilo; oid cómo hablan en la Sabiduría y cómo nos asegura el Espíritu Santo que hablarán en aquel dia: nunca gustamos, dirán, alegría verdadera en el pecado; siempre caminamos por caminos ásperos y tristes. ¡Pero ay! que esto solamente es el principio de nuestras desgracias y de nues-

tras penas.<sup>1</sup> *Ambulavimus vias difficiles.* Cansámonos en los caminos de la iniquidad; nuestras pasiones nos fueron siempre mas penosas que nos pudieran haber sido las mas austeras virtudes, y mas nos ha costado el perdernos que nos pudiera haber costado el salvarnos y merecer hoy subir con los escogidos al descanso de la inmortalidad. *Lasati sumus in via iniquitatis et perditionis.*<sup>2</sup> ¡Qué necios fuimos en buscar por caminos tristes y desgraciados unos males que nunca se acabarán! *Nos insensati.*<sup>3</sup>

¡Quereis, pues, católicos, vivir felices en la tierra? vivid cristianamente. La piedad es útil para todo; la inocencia del corazon es la raíz de los verdaderos deleites. Mirad á todas partes, y hallareis que no hay paz para el impío, como dice el Espíritu Santo. Gustad de todos los placeres, y vereis que no pueden curar aquella raiz de tristeza que en todas partes os acompaña. No mireis la muerte de las almas justas como una suerte triste y desagradable, no juzgueis de su felicidad por las apariencias que os engañan; veis que lloran, pero no veis la mano invisible que enjuga sus lágrimas; veis que su carne gime bajo el yugo de la penitencia, pero no veis la unción de la gracia que la suaviza; veis unas costumbres austeras y tristes, pero no veis su conciencia, siempre alegre y tranquila. Son semejantes al arca de Israel en el desierto; solo está cubierta de pieles de animales, las apariencias son viles ó despreciables; esta es la condicion de este triste desierto; pero si pudiéseis registrar su corazon, aquel divino santuario, ¡qué nuevas maravillas se ofrecerian á vuestros ojos! Hallaríaisle vestido de purísimo oro, veríais allí la gloria de Dios que le llena, ad-

<sup>1</sup> Sap. 5. v. 7.

<sup>2</sup> Ibid.

<sup>3</sup> Ibid. 5 v. 4.

miraríais la suavidad de los perfumes y el fervor de las oraciones que sin cesar suben al Señor; el fuego sagrado que nunca se apaga sobre aquel altar; aquel silencio, aquella paz, aquella majestad que allí reina, y al mismo Señor que la ha escogido por morada y que de ella hace sus mayores delicias.

¡Oh, y cómo os mueve su felicidad á una emulacion santa! En vosotros solos consiste el imitarlos: acaso en otro tiempo fueron cómplices de vuestros placeres; ¿por qué, pues, no podreis vosotros ser imitadores de su penitencia? Estableced, finalmente, una paz sólida en vuestro corazon, empezad á cansaros de vosotros mismos. Hasta aquí no habeis gozado perfectamente de la vida, pues no es vivir no pudiendo vivir en paz consigo. Volveos á vuestro Dios que os llama y os espera, desterrad de vuestra alma la iniquidad, y desterrareis al mismo tiempo la raiz de vuestras penas, gozareis de la paz de la inocencia, vivireis felices en la tierra, y esta felicidad temporal será el principio de la bienaventuranza que nunca se acabará. Así sea.



## SERMON

### PARA EL DIA DE LOS DIFUNTOS.

LA MUERTE DEL PECADOR Y LA DEL JUSTO.

Beati qui in Domino moriuntur.

Felices los muertos que mueren en el Señor.

Aroc. 14. 13.

Tienen las pasiones humanas un no sé qué de admirable é incomprendible. Todos los hombres quieren vivir y miran la muerte como la última de sus desgracias; todas sus pasiones los aficianan á la vida, y al mismo tiempo sus pasiones son las que sin cesar los dirigen hácia esta muerte que tanto aborrecen, y parece que solo viven para darse prisa á morir.

Todos se lisonjean de que morirán con la muerte de los justos; lo esperan y lo desean. No pudiendo prometerse ser eternos en la tierra, cuentan á lo menos que antes de este último instante se apagarán las pasiones que actual-